

*Gomez.* Dejamos la calle de Monthabor. No bien llegamos á la plaza Vendome, Orsini me dijo que iba á la calle Le Pelletier, á la Opera, donde debia ir el Emperador aquella noche, que iba allí á matar al Emperador, que yo debia seguirle, y que cuando llegáramos á la calle Le Pelletier, arrojase la bomba en medio de la escolta imperial.

*Presidente.* ¿Y encontráis muy sencillo todo esto?

*Gomez.* Yo ignoraba las consecuencias de lo que se iba á hacer: era un criado: se me daba una orden y obedecia.

*Presidente.* Habeis servido en la milicia, habeis sido soldado en la legion extranjera, conoceis las armas y el efecto de la pólvora, y cuando se os entrega una bomba, cuando se os dice que la arrojéis en medio de la escolta del Emperador, ¿no sospechais las desgracias que vais á causar?

*Gomez.* No señor.

*Presidente.* Habis sido mas franco en el sumario; ¿solo se os entregó una bomba?

*Gomez.* Solo tenia una bomba; pero llevaba tambien una pistola revolver de seis tiros cargados y cebados.

*Presidente.* ¿No llevábais puñal?

*Gomez.* No.

*Presidente.* ¿Y persistís en decir que ignorábais que estas bombas eran para matar al Emperador? No trateis de engañarnos. No sois un hombre que carezca de inteligencia. Orsini ha dicho que no debia considerarseos como un niño.

*Gomez.* Orsini puede decir lo que quiera: si él quiere morir, puede conseguirlo; yo digo lo que sé y lo que es cierto.

*Presidente.* Pero todo revela en vos al conspirador. Os asociáis á conspiradores: un conspirador marcha armado y vos lleváis armas formidables. Se os dice á vos, antiguo soldado, que arrojéis una bomba al pasar el Emperador; la arrojais, y teneis la singular pretension de negar que sabiais lo que haciais.

*Gomez.* Repito que no sabia lo que debia ocasionar lo que se me mandaba hacer.

*Presidente.* Basta: los señores jurados apreciarán. ¿Estaba Pieri con vos?

*Gomez.* Sí señor: en el mismo sitio que yo en la calle Le Pelletier. Le perdí de vista cuando hube arrojado mi bomba y huí.

*Presidente.* ¿No habeis sido condenado por abuso de confianza?

*Gomez.* Sí; se me confió una caja que se extravió.

*Presidente.* ¿No fue despues de esta condena cuando fuisteis á Londres?

*Gomez.* Sí señor.

*Presidente.* ¿No estábais en la miseria?

*Gomez.* Bastante.

*Presidente.* ¿Es entonces cuando encontrásteis á Pieri?

*Gomez.* Sí señor; pero no inmediatamente.

*Presidente.* ¿Fue él quien os trajo á París?

*Gomez.* Sí señor.

*Presidente.* Acusado Rudio, vos habeis hecho tambien confesiones completas en el sumario; ¿persistís en ellas?

*Rudio.* Sí señor.

*Presidente.* Renovad estas declaraciones.

*Rudio.* En noviembre último, encontré en Londres á un tal Carlotti que me dijo haber tenido una conversacion con Orsini; que en ella se habia hablado de mí, y que Orsini deseaba verme. Yo le respondí: «Bien; aquí teneis las señas de mi casa.» Al cabo de tres ó cuatro semanas, no oyendo hablar de nada, creí deber evitar á Carlotti á quien conocia por estafador, y que habia sido condenado por robo. Me admiraba que le tratara Orsini. Para resignarme escribí á Orsini, y dos dias despues recibí una carta de Pieri, á quien no conocia. Decíame en ella, que estando encargado de abrir las cartas de Orsini en su ausencia, habia abierto la mia, á la que creia poder contestar. Añadia tambien, que en efecto, se me necesitaba. Como me hallaba sin ocupacion, con mujer y un niño, escribí otra carta, en la que esponia mi estado, y pedia ocupacion ó recursos. Orsini hizo responderme que no tenia dinero; pero que no tardaria en recibir la visita de un caballero y algun socorro.

Cinco ó seis dias despues escribí otra carta en la que decia que era muy desgraciado, y que estaba espuesto á que se me lanzase del cuarto que ocupaba. Orsini me contestó que en el mismo dia recibiria una carta ó una visita del caballero que me habia anunciado. En la noche del 2 de enero, me dijo mi mujer que habia venido una persona. En esto recibí una carta de M. Bernard, y aun no habia acabado de leerla cuando entró él mismo. Preguntóme si era yo el señor Rudio, y si habia recibido una carta de Pieri, y habiendo contestado afirmativamente, me dijo: «Voy á daros algo; ¿qué necesitais?» Y me dejó catorce chelines (70 reales en moneda española) declarándome que tal vez tendria que dejar la Inglaterra. Con esto partió; despues volvió estando yo ausente y dejó orden de que le aguardase.

El 8 de enero volvió con un pasaporte con el nombre de Da Silva, un billete de camino de hierro, y catorce chelines. Díjome que fuese á París, á la calle de Monthabor, núm. 10, á casa de un tal Allsop. «Conoceis á esta persona, añadió, y ella os conoce tambien. Si tuviera gente cuando llegueis, fingid que no le conoceis.» No bien llegué á París, fuí aquella misma noche á la calle de Monthabor, núm. 10, pero no encontré á la persona á quien debia ver.

A la mañana siguiente encontré á Gomez en la portería. Subí al cuarto de Orsini y esperé sus órdenes. Hablamos como quien no se ha visto despues de largo tiempo. Yo permanecí en pie figurando que venia á ofrecer mercancías. En esto llegó Pieri, de quien me hizo conocer Orsini. «Esta es la persona, cuya llegada esperáramos: es preciso buscarle hospedaje.» En seguida hablamos de otras cosas particulares. Despues de desayunarnos, salí con Pieri, compramos un sombrero, y fuimos á la fonda de Francia y de Champaña. Pregunté qué era lo que debíamos hacer y cuándo partiríamos. Pieri me contestó que debíamos hacer el negocio en París. A las seis y media volvimos á casa de Orsini, con quien habíamos quedado citados. Orsini me dijo que se tenia mucha confianza en mí y que se me iba á confiar la